
Francisco Anselmo Baldarena



**Benjamín Arbelloa,
Un Escritor de Cuentos
Argentino**

textos.info
biblioteca digital abierta

Benjamín Arbelloa, un Escritor de Cuentos Argentino

Francisco A. Baldarena

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6962

Título: Benjamín Arbelloa, un Escritor de Cuentos Argentino

Autor: Francisco A. Baldarena

Etiquetas: selección de cuentos

Editor: Francisco A. Baldarena

Fecha de creación: 9 de octubre de 2021

Fecha de modificación: 2 de enero de 2023

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Benjamín Arbelloa, un Escritor de Cuentos Argentino

1

BENJAMÍN ARBELLOA Y LOS COWBOYS DE WYOMING

I

EL ESCRITOR Y LOS PERSONAJES

El cuentista argentino Benjamín Arbelloa, de vacaciones en California, ha alquilado un bungalow a pocos metros de la playa, y en este momento se dispone a escribir un nuevo cuento. El cuento, que llamará «Los Cowboys de Wyoming», empieza así:

Mientras contemplaban el horizonte, sentados sobre una roca, Charly y Johnny soñaban.

—Me gustaría conocer el mar —dijo Charly, con la vista perdida más allá de las Big Horns, mucho más allá de Wyoming, exactamente donde tenía sus pensamientos: las playas de California, que había visto no hacía mucho en la televisión.

—A mí también —coincidió Johnny, también con los pensamientos en las playas californianas, donde se imaginaba protagonizando aventuras a la orilla del mar.

—Sí, pero es una pena que no sepamos nadar —se lamentó Charly, echándose el sombrero hacia atrás.

—Por mi parte, con sentir los pies sobre la arena ya me doy por satisfecho —opinó Johnny.

El sol ya se ponía cuando los amigos abandonaron la roca y bajaron a la

pradera.

De repente, Arbelloa siente una fuerte molestia en la espalda, por lo que decide parar de escribir. De manera que cierra el cuaderno y va a su habitación. Minutos después, vistiendo bermudas y con un toallón en la mano, se encamina a la playa, a unos pocos metros del bungalow.

II

DIÁLOGO A ESCONDIDAS

Mientras tanto, dentro de la historia...

—¿Tú crees justo que debemos esperar de brazos cruzados a que al «señor cuentista» se le antoje hacernos, quién sabe a qué altura de la historia, llegar al mar, mientras él da unos pasos y ya está en el agua? —pregunta Charly.

—Pero claro que no —responde Johnny.

—¿Entonces qué te parece si aprovechamos su ausencia y nos acercamos al agua nosotros también? Un poquito, aunque sea —sugiere Charly. Como respuesta, Johnny sonríe.

III

LA ESCAPADA

Los amigos abren el cuaderno y mientras Charly, que es el más fuerte, mantiene el cuaderno abierto, Johnny busca un marcador de páginas para no perder el camino de vuelta. En seguida los amigos saltan al respaldo del sofá de mimbre, junto al escritorio, y de ahí se deslizan hasta el piso. Apenas salen del bungalow, sus cuerpos adquieren el tamaño normal de cualquier ser humano. Maravillados por el azul del agua infinita, el olor del mar y el barullo de las olas rompiendo en la orilla, sin pérdida de tiempo, los amigos se encaminan a la playa.

IV

EN LA PLAYA

Después de un par de zambullidas, Arbelloa extiende el toallón en la arena

y se recuesta. Al rato, mientras la historia que está escribiendo discurre en varias direcciones dentro de su cabeza, percibe, a través de los párpados cerrados, sombras pasando por él; entreabriendo los ojos, ve que se trata de dos vaqueros que se dirigen a la playa.

«Dos turistas», se dijo.

Luego vuelve a cerrar los párpados y sigue elaborando mentalmente distintos desarrollos para la historia. Un poco antes de volver al bungalow, oye pasos: son los dos vaqueros, abandonando la playa.

V

LA SORPRESA

Ya de regreso al bungalow, Arbelloa pasa directo al baño a darse una ducha. Al retornar al escritorio, toma asiento y justo cuando está por abrir el cuaderno, percibe que algo extraño ha sucedido en su ausencia, porque el cuaderno está empapado de agua. Turbado, lo agarra y se lo lleva a la nariz, y he ahí su sorpresa: el cuaderno, además de mojado, huele a agua de mar.

2

BENJAMÍN ARBELLOA Y EL HOMBRE EN EL LABERINTO

I

EL CUENTO

En un nuevo cuento al que llamará Laberinto, Benjamín Arbelloa sitúa a un hombre perdido en un laberinto vegetal en una noche de luna llena.

El hombre despierta, pero cree estar dentro de un sueño. Él ignora quién es y qué hace ahí. Así empieza el cuento.

II

EN EL LABERINTO

El hombre, bajo la claridad de la luna, mira hacia un lado y otro del pasillo gris donde está parado, y lo que le muestra la luna es una misma imagen.

No necesita preguntarse dónde se encuentra, ya se ha dado cuenta de que está dentro de un laberinto. Pero quedarse en el mismo lugar carece de sentido, por eso se pone a caminar sin rumbo, aunque avanzar sea lo mismo que retroceder, o ninguna de las dos cosas, sino como un patinar en suelo resbaladizo sin salir del mismo lugar.

Llegando al final del pasillo se encuentra con otro pasillo que en cada extremo da en otro pasillo. El hombre, como al principio, mira hacia un lado y ve que está mirando exactamente lo mismo que acaba de ver hace un momento, cuando se acercaba a ese pasillo, y que si acaso mire al lado opuesto, la imagen será la misma, idéntica hasta en los mínimos detalles. El hombre aprieta los dientes y sigue adelante, no porque tenga la esperanza de encontrar la salida al final de ese pasillo ni del próximo ni de los que le sigan, sino porque está con frío y mantenerse en movimiento es de vital importancia. Y así, en ese continuo seguir, doblar, volver a seguir y volver a doblar, avanza y solo eso hace. Nota, entretanto, que lo único que cambia es la posición de la luna, pero siempre repitiendo una cuádruple secuencia de luz y sombra: delante, detrás, a la derecha, a la izquierda. En definitiva, más de lo mismo en un juego de geometrías reiterativas de nunca acabar.

III

PARÉNTESIS

De pronto Arbelloa recuerda que tiene un compromiso ineludible esperándolo en la ciudad; con lo que debe interrumpir el trabajo. Así que cierra el cuaderno, se levanta, apaga la luz y se marcha de la biblioteca.

IV

LA OSCURIDAD

De pronto la luna desaparece, la luna y las estrellas, como si un paño oscuro hubiese sido puesto por manos invisibles sobre el laberinto. Probablemente presintiendo un peligro oculto en la oscuridad, el hombre apoya la espalda sobre la blandura vegetal que reviste las paredes. La noche rápidamente se torna más fría. El hombre hurga en sus bolsillos, buscando no sabe qué, y descubre que fuma, pues encuentra un paquete de cigarrillos y un encendedor. Así que enciende un cigarrillo y trata de aquietar sus pensamientos que giran vertiginosamente en el borde de un

agujero negro.

Fuma y piensa hasta que tiene una idea. Hiende las manos en la vegetación y a tientas busca pequeñas ramas secas; una, dos, cien, todas las que puede juntar, y con las que hace una pila en el medio del pasillo; después vacía el paquete de cigarrillos y con el papel consigue que las ramas ardan. Pero no para por ahí y sigue arrancando más ramas, ya no solo las secas, también las verdes, con hojas y todo, despedazando con ello un buen tramo de pared. Por fin, por el esfuerzo que le ha demandado arrancar ramas y el fuego a sus pies, entra en calor. Estima que la hoguera durará una media hora, o quizás un poco más, sin que necesite ser alimentada con nuevas ramas. Esto le da tiempo para fumar otro cigarrillo tranquilamente, entonces se sienta cerca del fuego apoyando la espalda contra la pared. Cuando termina de fumar se tiende, por unos pocos minutos nada más, se dice, pero el cansancio lo vence y se duerme mirando las llamas.

V

LA SORPRESA

Una hora más tarde y ya resuelto el compromiso pendiente en la ciudad, Arbelloa está de regreso. Pero apenas dobla la última esquina antes de llegar a su domicilio, una escena alucinante lo deja atornillado a las baldosas de la vereda: llamas siniestras están devorando su casa.

3

BENJAMÍN ARBELLOA Y EL JUDÍO REBELDE

Benjamín Arbelloa, hace tiempo que quiere escribir un cuento sobre judíos. Busca un nombre característico para el personaje principal y le viene, de forma inconsciente y automática, el nombre hartamente conocido de tantas historias, películas y series: Samuel («Uno más no hará diferencia», dice, a propósito). Y usando la misma lógica del nombre, lo apellida Isaacson. Después escoge el tiempo donde transcurrirá la historia y lo sitúa un poco antes de la segunda guerra mundial (La época también le viene de forma inconsciente y automática); esto le sugiere que el personaje puede muy bien estar huyendo de la Alemania nazi, donde los judíos son violentamente perseguidos; y de ahí en adelante la historia correrá por ese carril.

Arbelloa empieza a escribir el bosquejo del futuro cuento en un borrador:

Capítulo I:

1) Samuel Isaacson siente que Berlín ya no es un lugar seguro para vivir, ni siquiera Alemania, acaso Europa. («La Berlín de Samuel ya no se parece a la Berlín de siempre; en verdad, para nadie», escribe con tinta roja, pues formará parte de un diálogo).

2) Para Samuel el pueblo alemán ya no es confiable; le da lo mismo si la hostilidad es por racismo o por miedo al poder y a la influencia que tiene la comunidad judía en la sociedad, aunque él creerá que se trata de poner a los judíos en el papel de chivo expiatorio como preámbulo de un plan siniestro mucho mayor y oscuro por parte de Hitler. Por lo tanto, Samuel ya no se siente cómodo en su ciudad. Todo huele a peligro.

3) Samuel decide deshacerse de sus posesiones y sacar sus ahorros del banco antes de que sea demasiado tarde; el régimen, día a día, ciñe el cerco contra la comunidad y teme quedarse sin recursos para huir.

4) Samuel deja su casa al cuidado de su primo Moshé, que se resiste a abandonar el país, para que la venda y le envíe el dinero cuando se establezca en algún país de América del Sur. El primo insiste para que lo piense mejor; no cree que Hitler se atreva a ir más lejos con las hostilidades contra el pueblo judío, pero Samuel no opina lo mismo, por eso cuando define una parte de su situación económica se lanza a la aventura.

Aquí Arbelloa abandona el borrador hasta el día siguiente, cuando volverá a abrirlo para nuevas anotaciones.

Al día siguiente, Arbelloa vuelve al bosquejo.

Capítulo II:

1) Samuel Isaacson abandona Alemania, cruzando la frontera con Francia.

2) Samuel atraviesa Francia y llega a la frontera con España.

3) Samuel atraviesa España y quince días más tarde parte en un buque mercante rumbo a Sudamérica, con destino a Buenos Aires, haciendo una pequeña escala en Río de Janeiro.

4) Samuel aprovecha la escala de 10 horas en Río de Janeiro para conocer la ciudad.

5) Samuel vuelve al navío y continúa el viaje a Buenos Aires. Samuel sueña con una nueva vida.

Ahora Arbelloa hace un intervalo y va a la cocina a preparar el mate. Cuando vuelve, antes de empezar las anotaciones para el tercer capítulo, donde tiene pensado hacer que Samuel se reencuentre en tierras sudamericanas con el optimismo que siempre tuvo ante la vida, relee lo que ha anotado para el segundo capítulo.

Capítulo II:

1) Samuel Isaacson abandona Alemania, cruzando la frontera con Francia.

2) Samuel atraviesa Francia y llega a la frontera con España.

3) Samuel atraviesa España y quince días más tarde parte en un buque rumbo a Sudamérica con destino a Buenos Aires, haciendo una pequeña escala en Río de Janeiro.

4) Samuel aprovecha la escala de 10 horas en Río de Janeiro para conocer la ciudad.

5) Samuel no retorna al navío ni continúa el viaje a Buenos Aires.

Arbelloa se atraganta. Sabe perfectamente que no ha escrito eso, pero, lógicamente, la curiosidad lo empuja a continuar leyendo. Y la cosa empeora, porque por increíble que parezca, el rebelde Samuel ya sabe escribir en portugués, como puede leerse en la próxima anotación, ya de autoría propia:

6) Samuel fica no Rio de Janeiro, casa-se com uma mulata gostosa chamada Maria, vai todo dia à praia de Ipanema e no carnaval desfila na Mangueira, e fim de papo.

Arbelloa se queda boquiabierto y doblemente sorprendido: primero por la rebeldía del personaje y segundo, por lo rápido que aprendió el portugués, con lo difícil que le resulta a él comunicarse con la gente cada vez que va de vacaciones a Brasil.

4

BENJAMÍN ARBELLOA Y LA FUGA DE ROMEO Y JULIETA

I

Benjamín Arbelloa está escribiendo una versión de Romeo y Julieta, llamándolos de Román y Julia, y después de tres horas de trabajo ininterrumpidas se siente cansado, por lo que abandona la biblioteca y sale al jardín a estirar las piernas.

II

Cuando sienten que la puerta de la biblioteca se ha cerrado, Romeo y Julieta respiran aliviados.

Julieta se levanta del sofá y se arrima a Romeo, que está parado junto a la chimenea, y reanudan el diálogo que habían empezado una hora atrás cuando Arbelloa se ausentó unos minutos para ir al baño:

—¿No me estarás haciendo una broma, no?

—Claro que no, Julieta. Te repito que ayer me escapé del libro.

—¿Pero ayer, ayer...?

—Recuerda que en el capítulo anterior tú te encontrabas aquí y mientras yo estaba en un paseo por el mercado público.

—Ah, es cierto, pero ¿cómo lo has hecho sin que él se diera cuenta?

—Fue cuando a mitad del capítulo él detuvo la historia y salió dejando el cuaderno abierto. Bueno, no lo dudé un instante siquiera, salí y salté la ventana y de allí al jardín y del jardín a la vereda.

—¿Y cómo es allá afuera?

—Es fabuloso, parece una historia de ciencia ficción.

—Podrías...

—¿Sin ti? Ni loco.

—Entonces...

—Entonces, que es ahora o nunca.

III

Arbelloa regresa; viene caminando de prisa porque se le ha ocurrido un final feliz para la historia, pero al abrir la puerta tropieza con los dos personajes, que estaban esperando que él volviera para huir, apenas abriera la puerta, y cae sobre el cantero de las Portulacas.

Arbelloa se levanta, mira hacia distintos puntos del jardín, pero lo que busca ya no está más a la vista; entonces se pregunta:

—¿Eran dos muñecos, o estoy alucinando?

5

BENJAMÍN ARBELLOA Y LA PISTOLA MISTERIOSA

Benjamín Arbelloa apoya la taza de café al lado de la máquina de escribir y prende un cigarrillo. Su mente se encuentra parada en la orilla de un río caudaloso, en cuyas aguas turbulentas van dando tumbos sus pensamientos. En la otra orilla lo espera el último capítulo del cuento que está escribiendo. Da una larga bocanada al cigarrillo, bebe otro sorbo de café y abre el cajón del escritorio de donde saca la hoja correspondiente al final del cuento; y se pone a releer el último párrafo:

Detrás de los tachos de basura, el matón a sueldo oyó los pasos de sus perseguidores. Asomó la cabeza. Las sombras de los dos hombres, alargadas por los faroles de la avenida, se proyectaban amenazantes sobre el suelo inmundo del callejón. Una rata pasó por encima de su zapato izquierdo y se escabulló entre los esqueletos de unos cajones de verdura.

«Si yo fuera una rata...»

Los tipos pasaron cerca y él siguió sus espaldas, mientras más allá sus

sombras trepaban como reptiles fantasmales por la pared del fondo. Con movimiento mecánico e inconsciente, llevó una mano al bolsillo de la chaqueta, donde tendría que estar la pistola que él sabía que ya no estaba. Inútilmente, volvió a preguntarse dónde se le habría caído. La pistola no existía más, y los dos tipos, después de revisar el fondo del callejón y comprobar que no estaba ahí, desconformes, volverían inspeccionando cada rincón, cada hueco sombrío, hasta dar con él. Entonces, sin nada con qué hacerles frente, lo matarían como a una rata.

Arbelloa termina el café, aplasta la colilla del cigarrillo en el cenicero y mira ahora para la hoja en blanco que hace rato ha introducido en el rodillo de la máquina de escribir, que como él, también espera, sorda y muda, que le impriman vida, pero pasos en el pasillo lo sacan de la encrucijada.

«Un ladrón».

¿Quién más sino, si él vive solo?

Arbelloa está por levantarse, pero al apoyar una mano en el escritorio, toca en algo frío. Es una pistola

«¿Una pistola, pero de dónde salió?»

Arbelloa la agarra y la examina rápidamente; la marca y el calibre coinciden con la descripción de la pistola que le ha hecho perder al personaje matón que está escondido en el callejón.

Los pasos se detienen, por debajo de la puerta se ven sombras. El picaporte gira y la puerta comienza a abrirse, lentamente, y Arbelloa ya ha engatillado el arma.

The works contained in this selection whose author is Francisco A. Baldarena are licensed under a Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional License.

